"Y, sobre todo, amigo"

En algunas ocasiones, más bien pocas, uno se encuentra en la vida con una persona que no solo nos produce una honda impresión, sino que nos deja una huella indeleble; es decir, una persona excepcional. Este es el caso de mi encuentro con Luis Fernando Crespo.

Conocí personalmente al Dr. Crespo en el año 1996. Aunque ya tenía algunas referencias suyas, esa fue la primera vez que hablamos en persona. Yo entonces estaba realizando las entrevistas de admisión para el Instituto de Psicoanálisis de la Asociación psicoanalítica de Madrid, y él era uno de los entrevistadores que tenían que decidir mi admisión.

Salí de aquella entrevista con la íntima y reconfortante sensación de haber sido escuchado y comprendido

Al cabo de algo más de dos años, volví a llamarle para solicitar que fuera mi supervisor de la segunda supervisión oficial.

Comenzó entonces una relación que atravesó distintas etapas: primero fue un supervisor serio, riguroso, pero muy cercano. Luego, un maestro, en el mejor sentido de la palabra, de quien aprendí teoría, técnica y estilo. Más tarde, un colega con el que compartí trabajos, reflexiones sobre teoría y técnica, artículos, como el que publicamos juntos en nuestra revista, textos para conferencias en las que participamos los dos. Así iba conociendo y acercándome cada vez más a su pensamiento y estilo psicoanalítico, con los que poco a poco me fui identificando.

Admiraba mucho la manera en que él, con unos conocimientos y experiencia muchísimo más amplios que los míos, era capaz de valorar mis planteamientos, de aceptarlos y, de alguna forma, de hacerlos suyos. Y era sorprendente, y al mismo tiempo cotidiano, asistir a las coincidencias que teníamos sobre el enfoque del tratamiento de algunos pacientes de los que hablábamos por primera vez.

Después vino la etapa de la amistad: de las conversaciones y confidencias sobre nuestra vida privada, nuestros gustos y nuestras ilusiones, frente a una cerveza –a él no le gustaba mucho el vino– y un buen plato en algún restaurante de Madrid o de su querida Tordesillas.

En otro artículo que estoy preparando para la Newsletter hablaré de algunos aspectos de su pensamiento que para mí son fundamentales: el concepto de parte psicótica y no psicótica de la personalidad, la articulación entre las partes neurótica y psicótica de la personalidad y el modo en que el tratamiento psicoanalítico incide sobre esta articulación y la modifica, o la transferencia neurótica de los pacientes psicóticos desde su parte no psicótica.

Recuerdo cómo le disgustaba –pocas veces le he visto enfadado– que, en ocasiones, algunos colegas no entendieran estos conceptos. Luis Fernando tenía la virtud, reservada a los genios, de hacer sencillo lo complejo. Para él era fácil de entender.

Hemos perdido a una gran persona, un gran maestro de quien hemos aprendido y de quien seguiremos aprendiendo. Nos queda su pensamiento, su palabra y su ejemplo. Y, a algunos, afortunados, entre los que me cuento, nos queda, además, y para siempre, su cercanía y su amistad.

Luis Fernando Crespo era –hago mías algunas de las palabras que me escribió en la dedicatoria de su último libro– un excelente psicoanalista, un querido colega y, sin embargo, y, sobre todo, un amigo.

No te olvidaremos.

Gerardo Fraguas